

muy buena voluntad, le dijo el santo, si habeis de venir todos los dias á prober á sus necesidades.--- Muy bien, padre mio, respondió el jóven; yo me encargo de su cuidado.” Desempeñó, en efecto, su compromiso, y una mañana que Felipe estaba enfermo, vió al animalito saltando sobre su cuello, picoteando y cantando con mucho contento. “Decidme, le preguntó el santo, ¿hacia lo mismo con vos cuando estaba en vuestra casa? No, padre mio, respondió el jóven.” El santo se avergonzó y espantó á la avecita. Esta se fué, pero volvió al momento, y estuvo haciendo esto por largo rato. Quiso cogerlo su antiguo dueño, pero no lo pudo conseguir. Entónces le dijo Felipe: “Traed la jaula, y voltiadle la puerta hácia donde está, veremos si quiere entrar.” Hecho ésto, entró al momento el pajarito. Son estas, en verdad, minuciosidades que no debieran contarse pero que sin embargo manifiestan perfectamente la bondad del corazon de nuestro santo, y por lo mismo me ha parecido no debia pasarlas en silencio.



CAPITULO XX.

Admirable castidad de nuestro santo.

AMO Felipe esta angélica virtud desde su mas tierna edad; y de aquí es que no omitía precaucion alguna para conservarla. ¿Cuáles eran pues, estas precauciones? Voy á decirlas, para que los ejemplos de este grande hombre sean de provecho á mis lectores. Sabedor por el Apóstol, que el hombre lleva este precioso tesoro en un frágil vaso de barro, y que las desgracias de nuestros semejantes, nos prueban demasiado esta terrible verdad, adoptó para su conservacion, ilustrado por la divina gracia, las medidas siguientes.

Primera. Cuidó mucho de ocultar este don inapreciable, bajo el manto de la humildad, á fin de que los ladrones espirituales no pudieran nún-

ca quitárselo. Segunda. Cumplió fielmente el precepto protector que habia leído en el libro de los Proverbios (4--23): "Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida." Tercera. Veló constantemente sobre sus sentidos exteriores, pues sabía muy bien que estos son las puertas y ventanas de nuestra alma. Nunca se oyó salir de su boca la menor palabra que pudiera ni aun remotamente ofender el pudor. Jamás pareció delante de ninguna persona, sin estar cubierto de pies á cabeza. Se privó constantemente de los manjares y licores que encienden la sangre, y no permitió á su olfato los perfumes y olores deleitables. Sus oídos estuvieron rigorosamente cerrados á los cantos mundanos y á las conversaciones que dicta el espíritu de la carne; y ejercitaba muy principalmente sobre su vista una severa vigilancia. Como el santo Job, hizo pacto con sus ojos para ponerse al abrigo de los malos pensamientos y lo observó con toda fidelidad.

Este hábil maestro solia decir, que los jóvenes que quieran escapar del enemigo de la castidad, deben manifestar francamente á su confesor los malos pensamientos que les asalten, para que pueda curar el mal desde sus principios. Así lo hacia él por medios que nada tenían de penosos ni vergonzosos. "Luego que os asalte una tentación, decia á sus hijos espirituales, ocurrid con paz y una dulce confianza á aquellas palabras del Salmista:" "Dios mio, venid en mi ayuda: Señor, no tardeis

en socorrerme," ó á aquellas otras: "Cread en mí, ¡oh Dios mio! un corazón puro, y renovad la rectitud de mi alma." "Postraos en seguida, y besad la tierra con humildad." Les encargaba también que rezasen al acostarse, el himno de completas, para preservarse de las ilusiones nocturnas. Por último, repetía continuamente esta grande máxima: "Para sobreponerse á los demás vicios, es necesario resistir valerosamente; pero este no se puede vencer mas que huyendo: en los combates de la carne, no triunfa la intrepidez, sino la cobardía."

CAPITULO XXI.

Su abstinencia y pobreza.

NO le costó poco trabajo al siervo de Dios, llegar á tan encumbrada perfección. Desde sus mas tiernos años, se dedicó á crucificar su carne y sus deseos, y muy lejos de aflojar este rigor con el tiempo, antes por el contrario, aumentó sus austeridades. Ya sacerdote, adoptó la costumbre de no comer nada hasta el anochecer, y si al medio día le urgía la necesidad de alimento, solo tomaba un pedazo de pan, con un

poco de vino. Su única comida, y que podemos llamar principal, se componía de una sopa de yerbas crúdas, y de uno ó dos huevos pasados por agua, contentándose muchas veces con uno solo de estos dos alimentos. Núnca comía queso ni leche; rara vez pescado, y aun mucho ménos otras viandas, pues solo usaba de ellas cuando lo exigía el estado de su salud ó el bien parecer social. Aunque era muy poco el pan que tomaba, aun guardaba algunos pedazos de él, que hacia comer á sus discípulos, creyendo con esto mortificar su gusto; pero se engañaba, porque hacían de él un regalo de devoción, y aun le hurtaban algunos para darlos á otros.

Cuando mandaban los médicos que se le sirviesen manjares esquisitos, alegaba que le hacían daño en vez de provecho, y costaba el mayor trabajo del mundo hacer que los tomase. Acostumbrado á comer pobremente, no quería que los demás lo echásen de ver. Por esto comía regularmente solo en su cuarto, y no bajaba sino rara vez al refectorio comun. Sin embargo, á pesar de sus industrias, su abstinencia era conocida de todos los padres de casa, que no hacían misterio de ella para ninguno. Muchos médicos á quienes hablaron de ella, convinieron que tan corto y sencillo alimento no podia conservarle la vida, y no dudaron que la sagrada Eucaristía fuese su alimento mas sustancial.

Por lo demás, como prudente director no cui-

daba que sus Oratorianos imitásen su conducta; la que buena para él, porque no hacía otra cosa que seguir en ella los impulsos de su virtud; en los demás hubiera sido una verdadera locura. “Todos los que viven en comunidad, decia, deben comer indistintamente las viandas que les sirvan.” Por otra parte, él habia cuidado de prohibir en las constituciones de su casa, los platos separados, para evitar y cerrar la puerta á singularidades y caprichos, dispensándose esta regla únicamente en favor de los enfermos, y eso solo en la enfermería. No podia sufrir que ninguno de los suyos comiera algo fuera de refectorio, y una vez dijo á uno que lo hacia con frecuencia: “Núnca llegareis á ser hombre espiritual, si no os corregis de este vicio.”

No dormia mas que cuatro horas, y empleaba lo restante de la noche en la contemplacion de las cosas celestiales. No habia en su cuarto mueble superfluo y todos ellos eran conformes con la simplicidad, por no decir con la pobreza religiosa. Nada mas humilde que su calzado y vestido. Aquel era de un cuero grueso y sin ninguna elegancia en su hechura, y éste de tejidos comunes y de bajo precio; pero al atender á la pobreza no descuidaba el bien parecer propio de su estado; de manera que núnca estaba súcio ni roto. Este dicho de san Bernardo, le agradaba demasiado y le traía en la boca frecuéntemente: “Siempre me ha gustado la pobreza; pero núnca la ma-

la crianza.” “La suciedad, añadía nuestro santo, en la ropa y en la mesa, es una mortificación para los demas, y por consiguiente es un vicio contrario á la caridad.”

Muy léjos de mitigar sus prácticas de mortificación, las aumentó á medida que entraba en mayor edad. Reprendieronle sobre esto sus amigos en sus últimos años, diciéndole que este régimen, si bien era bueno para un jóven, no convenia de ninguna manera á un anciano. Entónces, ó hablaba de otra cosa, haciéndo como que no oia, ó decia sonriéndose, que el paraíso no se habia hecho para los sensuales. Mas así como era severo para consigo mismo, así tambien era indulgente para con los demas. Si notaba que alguno se excedia en la abstinencia, le decia: “Dad á vuestro cuerpo mas bien mas que ménos alimento del que necesita: porque si arruináis sus fuerzas, no servireis para nada. ¿Sabéis en qué consiste la verdadera abstinencia? En quebrantar nuestra propia voluntad y propio juicio, acompañando este quebrantamiento con algunas penitencias corporales moderadas. De este modo no puede el demonio sacar provecho alguno, y sucede lo contrario con una abstinencia excesiva, de la que me parece ser él muchas veces el autor. Lo que este enemigo quiere, es destruir las fuerzas físicas, y si llega á conseguirlo, es cierta su victoria; porque entónces uno ya no puede obrar el bien, y las mas veces viene á remplazar á una abstinencia excési-

va una tibieza lamentable; de suerte, que por haber querido darse mucho al espíritu, viene uno á no vivir ya mas que para la carne. Si os excedéis un poco en vuestro alimento, podreis disminuirle cuando gustéis: pero si quebrantais vuestra salud, decidme, ¿qué será de vos?”

Nunca hizo voto de pobreza, y sin embargo, tuvo un extremo desapego á las riquezas. Aun siendo jóven, como lo hemos visto ya ántes, renunció voluntariamente á la brillante fortuna con que le brindaba su tio, y se redujo gustoso á las privaciones de la mendicidad. Ya sacerdote, rehusó los ricos presentes que le ofrecieron algunos príncipes, y aquello que creyó deber aceptar de su munificencia, lo dedicó enteramente al ornato de su iglesia, y al alivio de los desgraciados. Uno de sus discípulos le dijo cierta vez, que debia reclamar algunos bienes raíces que le correspondian por parte de su madre, y él respondió: “Hacedme favor de no volverme á hablar de eso.” Otra vez le escribió uno de sus parientes, diciéndole que su padre habia nombrado en su testamento, en lugar suyo, heredera á su hermana Catarina; y contestó que podia desde luego entrar en posesion de aquellos bienes, pues que él la cedia todos sus derechos. Su hermana Isabel queria dejarle su fortuna por acto testamentario, y la rogó que no hiciese tal cosa, diciéndole que habia escogido al cielo por herencia y que no queria ~~ella~~ Sucedió muchas veces que algunos enfer-

mos amigos suyos, quisieron testar á su favor, y él les mandó decir, que no los volveria á visitar hasta que le hubieran asegurado que no lo harian. Vicente Teccozio le legó, sin que lo supiese, una manda de cien escudos de oro, y nuestro santo los donó á sus herederos. Tambien volvió la salud á otro bienhechor moribundo, por desembarazarse de su herencia. Jamás quiso recibir nada de sus parientes, y cuando vivia en San Gerónimo, contento con el alojamiento que se le daba, nunca quiso recibir la parte que le tocaba en la distribución mensual, acordada á los sacerdotes que sirven aquella iglesia.

Creció de tal suerte con los años su amor á la pobreza, que se le oía exclamar en su vejez con una especie de ternura: “¡Ojalá y me viera obligado á buscar mi pan para vivir! Querria yo verme reducido á la última miseria, y no encontrar sino corazones insensibles á mis necesidades. Si Dios permitiera que yo acabase mis dias en un hospital público, reputaria esto como un especial favor que su Magestad me dispensaba.” Le gustaba considerarse en el Oratorio como un pobre á quien se da un lugar para que viva por amor de Dios, y tomaba su alimento como una limosna que le daban los padres. Dijo una vez á Galloñó: “Hacedme favor de suplicar al cardenal Borromeo, que de caridad me mande todos los dias, un pedazo de pan y dos huevos.” Hizolo el cardenal de buena voluntad, y lo contó á otros

cardenales que quisieron contribuir á dar este gusto á nuestro santo. Con tal objeto, el cardenal de Montalte, le daba de caridad el vino que tomaba diariamente, y el cardenal Alexandrino le envió sus zapatos viejos, que nuestro santo usó muy gustoso, como lo veremos adelante. Una vez dijo al padre Bozzio: “Ha llegado ya el tiempo de disponerme para morir, y por eso procuro desprenderme de las cosas de este mundo; y como deseo vivir y morir pobre, recibo de muy buena gana lo que me dan de limosna.”

No satisfecho con fomentar en sí mismo el desprecio de las cosas terrenas y el amor á la pobreza, se esforzaba en inculcar sus nobles sentimientos á los padres que dirigia. “La perfeccion, les decia, es incompatible con el afecto á los bienes perecederos. Si yo viera que alguno de vosotros procurara atesorar, juzgaria sin temeridad alguna, que no perseveraria en la vida espiritual.” Mas adelante, uno de ellos manifestó alguna inclinacion á la codicia, y le dijo nuestro santo: “Cuando no penseis ya en guardar el dinero, entónces tendré mucho gusto en veros, hijo mio: vuestra fisonomia tenia antes para mí no sé qué de angelico; pero hoy ya no es así. En lugar de la alegría de vuestro rostro, noto una negra tristeza y una fealdad que no puedo explicar. ¡Ah! procurad recobrar vuestra primera hermosura.” Esta reprimenda bastó para cubrirle de confusion y lograr su conversion. Otra vez preguntó á uno

de sus discípulos seculares: “Decidme, hijo mio, ¿deseáis amontonar dinero?—No, á Dios gracias, respondió éste.—Si es así, repuso el santo, iremos los dos juntos al paraiso; sí, yo me encargo de conducirlos al cielo, bajo la condicion de que no habeis de desear jamás ese vil metal. Pedid con fervor esta gracia á nuestro Señor.” Para dar á conocer los bienes de la pobreza de espíritu, acostumbraba decir: “Que cuanta más aficion se pone en las cosas de la tierra, otro tanto se quita al Criador.”

Francisco Zazzara, se dedicaba con mucho empeño al estudio del derecho, con intencion de llegar á las mayores dignidades y al colmo de la fortuna. Temeroso el santo de los peligros consiguientes á esta ambicion, se propuso curar á este hijo suyo, y un dia que vino á visitarle, le dijo: “¡Qué dichoso sois, hijo mio; estudiáis con mucho provecho la jurisprudencia, y segun todas las apariencias, dentro de muy poco tiempo os recibireis de doctor; entónces ganareis mucho dinero y vuestra casa será muy opulenta. Ascendereis gradualmente á los primeros puestos de la magistratura, y no será difícil que vengais á ser hasta cardenal.” Tales eran, en efecto, los pensamientos del jóven, y es de presumir que Dios se los habia revelado á nuestro santo. “¡Qué feliz sois, mi querido Francisco! añadió el padre: podreis andar con la cabeza erguida cuando hayais llegado al apogéo de vuestra grandeza y de vues-

tra fortuna.” Francisco se regocijaba en su interior, creyendo que el santo le hablaba formalmente. Entónces Felipe le abrazó con ternura, y le dijo al oido: “Y despues ¿cuál será el fin de todas estas grandezas?” Estas palabras penetraron hasta lo íntimo del corazon del jóven, haciendo en él una muy profunda impresion. Vuelto á su casa, las meditó muy seriamente, y llegó á convencerse tanto de la vanidad de las cosas de la tierra, que se entró al Oratorio poco tiempo despues.

Igual cosa sucedió á un jóven mercader que amaba á Felipe como á su padre. Púsose un dia á contarle las ganancias que habia tenido y las que aun esperaba tener en el porvenir: “¿Y despues? le preguntó el santo.” Esta palabra fué para él un rayo de luz que alumbró su entendimiento: á pocos dias dejó el comercio y abrazó el estado eclesiástico.

Este maestro experimentado decia, que es mas fácil la conversion de un libertino, que la de un avaro. Añadia, que de todas las enfermedades del alma, la mas perniciosa es el amor al dinero; y de aquí es que hacia cuanto estaba de su parte, para preservar de él á sus penitentes. Luego que le parecía observar en alguno de ellos alguna inclinacion á esta pasion, le imponía por penitencia algunas limosnas. Antes de terminar este capítulo, referiré algunas de sus sentencias sobre esta materia, que ciertamente merecen no olvidarse.

“Cualquiera que se dedica á enriquecer, nunca llegará á ser hombre espiritual.


“Huyan los jóvenes de la impureza y los viejos de la avaricia, y yo les prometo que serán santos.

“Dadme diez hombres que desprecien verdaderamente los bienes de este mundo, y yo me encargo de convertir con ellos á todo el universo.

“Nadie puede á un mismo tiempo ganar almas y dinero.”

CAPITULO XXII.

Admirable humildad del santo, y sus preceptos acerca de esta virtud.



LAS dignidades, á la par que las riquezas, nunca pudieron tener entrada en el gran corazon de Felipe. Venerado de grandes y chicos, amado de los cardenales y aún de los mismos pontífices, no de-

pendió mas que de su querer el colocarse en los destinos mas ambicionados de los demas; pero su humildad le puso al abrigo de estas tentaciones tan delicadas é hijas del amor propio. Ofreciéronsele algunas canongías en las principales basilicas, y las rehusó: las mitras de los mas insignes obispados y aún el capelo cardenalicio no pudieron vencer su humilde repugnancia á toda dignidad. Pero lo que no puede dejar de admirar es, su admirable industria en motivar su resistencia, de manera que no pudiera ella acarrearle algun honor. Los hechos nos van á manifestar su admirable comportamiento en tales circunstancias.

Cuando ascendió al pontificado el papa Gregorio XIV, fué Felipe á presentársele y á besar el pié de su santidad. El pontífice, luego que le vió le salió al encuentro, le abrazó tiernamente y tuvo con él una larga conversacion. En seguida fué á traer su propio birrete y lo puso sobre la cabeza de Felipe en presencia de muchas personas, y le dijo: “Nos os creamos cardenal,” y mandó á su secretario que estendiese el diploma acostumbrado. Entónces el santo le dijo al papa nó sé qué cosa al oido que le hizo reir mucho y se fué en seguida. A pocos dias llegó un prelado al Oratorio, encargado de poner en manos del santo el birrete y el diploma. Felipe respondió, que no tenía límites su reconocimiento por el honor que su Santidad se dignaba dispensarle; pero que no pudiendo aprovecharse de él por entónces, le suplicaba